

# ADIOS AL OTOÑO

**L** A otoñada entra en Madrid con presteza. Apenas se advierte su llegada. En mitad de uno de esos días veraniegos del otoño oficial, aparece una nube gris sobre la ciudad. Está allá arriba, acechando como los

**SIGUE**

Casi todas las terrazas han desaparecido. Algunos bares callejeros se resisten, esperando recibir a la clientela cualquier día benigno —que los hay— del otoño o del invierno. Sillas y mesas metálicas permanecen ahí pero están como en huelga. Lo suyo es la canícula, el sopor, la asfixia de las gentes que las utilizan. Es el tiempo de las castañeras —un comercio pequeño en decadencia—, de las «calentitas, que ahora queman»...



TEXTO: J. L. MARTINEZ REDONDO • FOTOS: RUBIO





# ADIOS AL OTOÑO

*pájaros negros de Alfred Hitchcock. Y de repente salta sobre nosotros. La ciudad se acatarra y empieza a andar de prisa. ¿Es porque al fin respira? ¿Es porque la sangre le circula mejor? ¿Es porque tiene frío? Tras los primeros tonos sombríos de la nueva esta-*

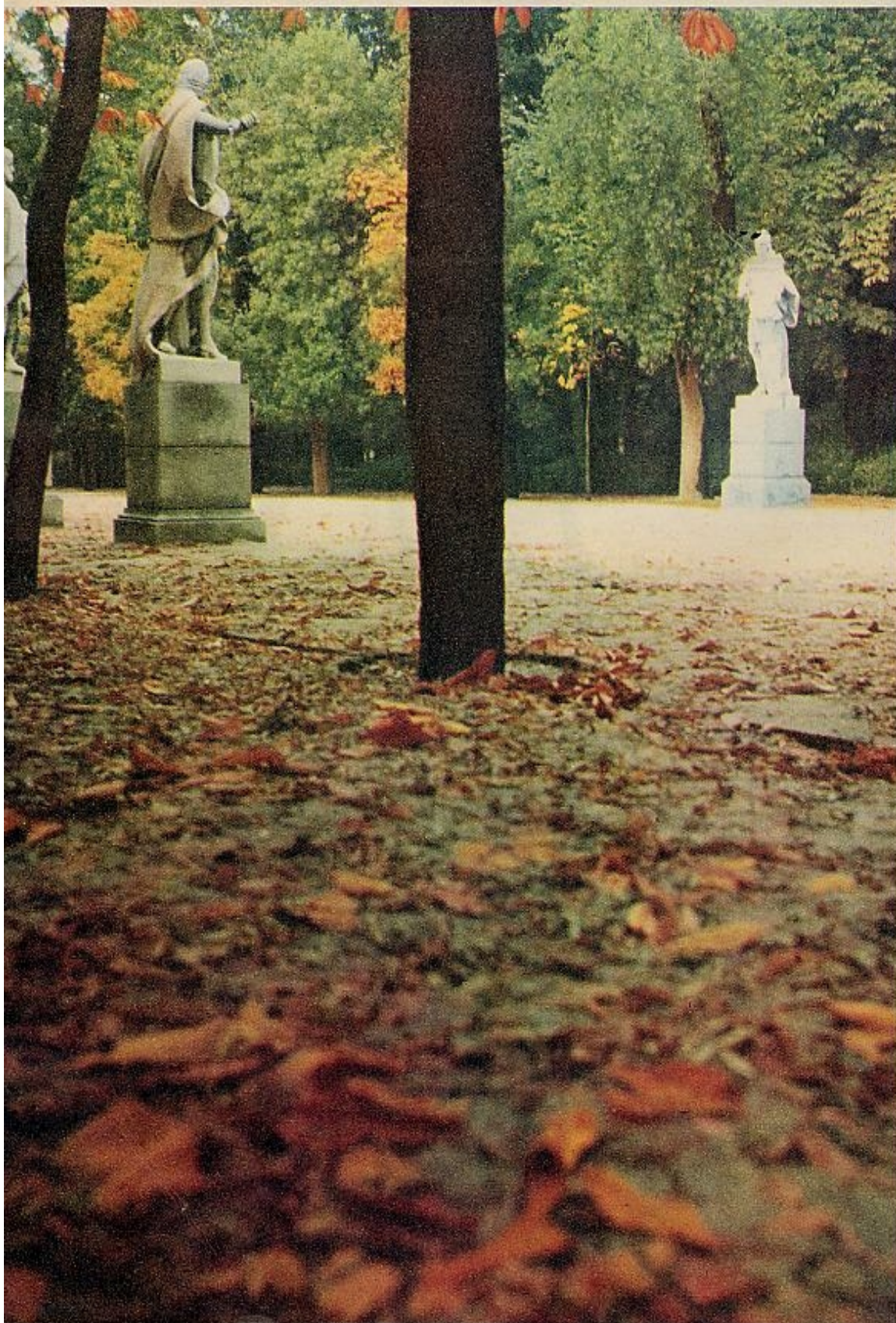
*ción vienen los días remansados, dulces, tranquilos. Ya el sol no es una explosión permanente de energía. El gran reflector que nos mira ha madurado. Está como una fruta en sazón, amarilla. Está el sol, que huele como las manzanas «reinetas». Al poco, empalidece. Y*

*las ramas de los árboles no tienen fuerza para sostener las hojas. Se caen las hojas, y los caminos de la ciudad —caminos desconocidos para la mayoría de sus habitantes— quedan cubiertos de sus tonos dorados, atabacados, marchitos. La jungla de las hojas está*

*ahí hasta que el primer viento invernal o la escoba de un funcionario de los parques se las lleva.*

*Cada ciudad tiene su estación. A ciertas capitales se las ve como nunca en primavera. A otras les va mejor la calma del verano. A muchas, el invierno les pone una*

Solos, los reyes de piedra son los únicos habitantes de este paseo del Retiro al que las gamas otoñales dan un aspecto fascinante. El hombre que camina por el paseo



*cara bonita, limpia, una cara sin maquillaje. A Madrid le sienta como nada el otoño. Sus fachadas parecen más grises, sí. Su luz toma a veces tintes violáceos, sí. Pero la actividad de la capital alcanza en ese instante su más ancha dimensión. El otoño se tra-*

*ciona a sí mismo. Al poner en marcha el engranaje un poco relajado por temperaturas más benignas, la gente se encierra un poco. Empieza a vivir la «ciudad interior». ¿Quién tiene tiempo para disfrutar el otoño de los parques? Como la sangre por las arterias,*



La ciudad le vuelve la espalda al parque en el otoño. Bancos vacíos, soledad. Sólo la hojarasca puebla los paseos.

**SIGUE**

de la Castellana parece ensimismado. El tiempo, este tiempo, da que pensar.





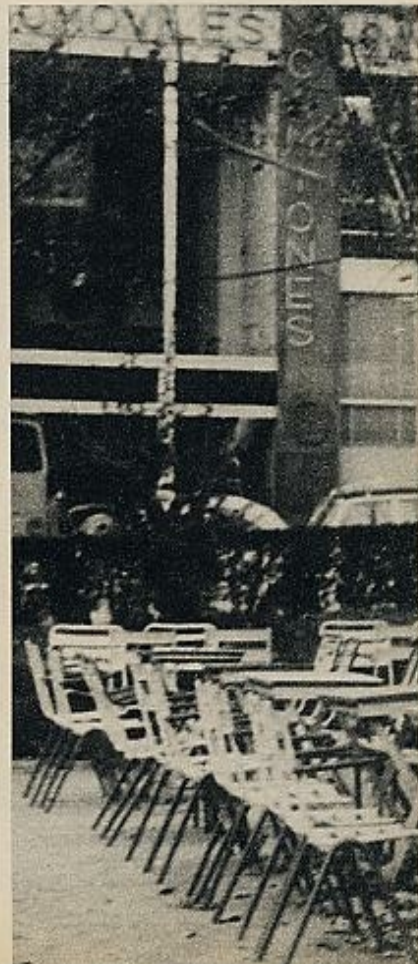
así recorre la muchedumbre la maquinaria de la capital. La máquina, los edificios que parecen hincharse y latir. El domingo, que no trabajo, voy a ver el otoño de los caminitos con arboleda. Sí, sí. El domingo te meterás en el cine, en el estadio, en el bar de la esquina, en casita, que llueve... El otoño se traiciona y no tiene apenas clientela en esos sitios donde se le puede oler, respirar, tocar.

Pero está ahí. En el buen Retiro de la niñez de todos los españoles que han recalado chiquitos en la capital. En el buen Retiro de nuestros calcetines cortos, de nuestras bicicletas alquiladas en el campo de la Chopera, de nuestras navegaciones en barca por el estanque, de nuestra boca abierta ante las jovencitas que patinaban en la pista de la antigua Casa de Vacas, al lado de la Casita del Pobre y el Rico, donde los tiernos adolescentes de hoy ven marionetas. Y en la Casa de Campo, la selva municipal a donde íbamos —y van— los crios con emoción de «safari» prohibido. Y en el Parque del Oeste, que —miren por

dónde— es el lugar donde todo el mundo se sitúa para ver el Norte. El parque del primer amor, de la primera picardía con los libros de texto como olvidados en los bancos. Está el otoño también en los paseos del centro, acurrucado junto a las fuentes con ángeles de piedra o bronce, ateridos de frío. Y casi nadie lo encuentra, porque casi nadie lo busca. ¿Quién va a buscar el otoño, precisamente en otoño, cuando la «ciudad interior» invita a ser gozada? A veces, una pareja se equivoca, o un niño, o un anciano, o un señor maduro dado a pájaros. Y penetra en el mundo del otoño por las vías que arropan los árboles. Pisar las hojas de oro viejo, húmedas y tiernas, si ha llovido; crujientes, si el sol tan sólo las ha madurado. Un placer extraño. Un placer. ¿Cómo es una capital en otoño? Salgamos de los parques y entremos donde entran los que la habitan. Se habla mucho en Madrid por estas fechas. Toneladas de palabras, si pesarse pudieran las palabras. Conferencias, conferencias. Toneladas de telas colgadas en las exposiciones. Cócteles, cócteles... Es-

trenos: teatro, cine. Nuevos libros en los escaparates, porque los editores también estrenan en otoño. Premios, premios... Se ponen en marcha las campañas publicitarias, cuidadosamente estudiadas a lo largo del año que está terminando. Es el momento de mejorar de posición. La gente mejora mucho en esta época. El otoño es la estación de las grandes decisiones, de los saltos con paracaídas cerrado que al fin se abre y nos salva. Así suele ser... Pero también está la otra ciudad, la de los pequeños, los olvidados, los tristes. Ellos —por otras causas, por otras razones— tampoco pueden disfrutar la estación de las hojas caídas. Y si pudieran, ¿querrían?

El olvidado otoño ha caído en la malla de las cámaras fotográficas. Aquí está, en las vísperas de su fin, cogido un poco a traición el traidor de sí mismo. En sus tonos mates, en su oro envejecido, en su soledad, en sus charcos, en sus asfaltos charolados, en sus árboles aliviados de peso, en sus parques ahitos de hojas desprendidas para siempre. ●



## ADIOS AL OTOÑO



Los barrenderos y los niños parecen ser los únicos que entran en contacto con el frío de los jardines, como si estuvieran cumpliendo un rito. A los pequeños no les asustan los primeros vientos, las primeras nubes. Cada día deben tomar su ración de aire puro. Ellos animan esos lugares de la ciudad donde los primeros rigores del termómetro han ahuyentado a los mayores. En las terrazas, las solitarias sillas parecen asistir a una asamblea en torno a las mesas donde hace poco más de dos meses brillaba la cerveza.

